

Hablamos con el Señor
sábado, 7 de octubre



**Alegre la mañana,
que nos habla de Ti.**

Alegre la mañana.

En nombre del Dios Padre, del Hijo y del Espíritu,
salimos de la noche y estrenamos la aurora,

saludamos el gozo de la luz que nos llega,
resucitada y resucitadora.

Alegre la mañana...

Tu mano acerca el fuego a la sombría tierra
y el rostro de las cosas se alegra en tu presencia.

Silabeas el alba igual que una palabra.

Tú pronuncias el mar como sentencia.

Alegre la mañana...

Regresa, desde el sueño, el hombre a su memoria,
regresa del descanso el pueblo en la mañana,

acude a su trabajo, madruga a sus dolores;

le confías la tierra, y a la tarde la encuentra
rica de pan y amarga de sudores.

Alegre la mañana...

Y Tú te regocijas, oh Dios, y Tú prolongas
en sus pequeñas manos tus manos poderosas.

Y están de cuerpo entero los dos así creando,
los dos así velando por las cosas.

Alegre la mañana...

Bendita la mañana que trae la gran noticia
de tu presencia joven, en gloria y poderío;

la serena certeza con que el día proclama
que el sepulcro de Cristo está vacío.

«Estad, pues, firmes, ceñida vuestra cintura con la verdad». (Ef 10, 14)

«Seguro que recordáis, por alguna parábola de Jesús, que la expresión «ceñirse la cintura» significa prontitud. “Tened ceñida la cintura y encendidas las lámparas para cuando el esposo venga...”

Puesto que en la antigüedad los hombres llevaban una túnica larga y amplia, cuando debían hacer algún trabajo o ponerse en marcha o correr, se la levantaban y se ceñían la cintura con un cingulo. «Ceñirse la cintura» se convirtió, por tanto, en sinónimo de prontitud para moverse, para trabajar, o para hacer algo... Estar preparados, como diríamos hoy, para «arremangarse».”

Le pedimos al Señor, antes de nuestra meditación,
que seamos prontos para vivir y cumplir su voluntad.

San Pablo, al pedirnos que vivamos en espíritu de prontitud y disponibilidad, fundamentados en la verdad, nos invita a reconocer el plan de Dios sobre nosotros: esta es nuestra gran verdad.

La verdad de Dios sobre nosotros podemos decirlo así siguiendo la carta de S. Pablo a los Efesios:

- a) somos objeto de una iniciativa de amor;
- b) esta iniciativa transforma nuestro ser;
- c) esta iniciativa supera nuestras resistencias;
- d) esta iniciativa le ha costado cara a Dios;
- e) esta iniciativa nos compromete por completo.”

Somos objeto de una iniciativa de amor;

Esta es la gran frase que cambia el significado del mundo.

El hombre nace; vive zarandeado por la ignorancia, por la miseria; se encuentra con otros, se separa de ellos; prevé la muerte, sufre por ella y después se ve arrastrado por ella. La vida parece no tener sentido; lo esencial parece ser el vivirla así, momento a momento, tomando lo que ella nos da, sin entrever ninguna perspectiva. Es lo que Pablo llamaría el pensamiento de «hombres sin esperanzas», para lo que arrastrarse por la existencia tiene el único significado de seguir sus instintos, sus impulsos, quizá también algunas luces inmediatas, que aparecen de vez en cuando, pero sin que les sea posible dar un significado global a su camino sobre esta tierra.

Sin embargo, la Biblia nos dice que Dios nos escruta, nos conoce, que hemos sido pensados antes del tiempo.

Nosotros estamos aquí, y somos lo que somos, porque a la raíz de todo ha habido una iniciativa de amor de Dios, que se expresa, sobre todo, en esta carta a los Efesios con dos verbos: “bendecido” y “elegido”

«Dios nos ha bendecido con toda bendición espiritual en los cielos... nos ha elegido antes de la creación para ser santos e inmaculados...» /Ef 1, 3-4)

La bendición es el último gran acto con que el patriarca antiguo transmitía a su hijo todas sus riquezas, con el que entregaba la heredad. En esta bendición se resume todo lo que un padre puede dar a su hijo, todo lo que puede dejarle.

Dios nos ha considerado como sus hijos, como sus hijos únicos; y, desde el comienzo, desde la eternidad, ha decidido transmitirnos toda su riqueza, dárse nos él mismo, su plenitud. Y, por consiguiente, nos ha bendecido, desde el inicio ha querido abrazarnos con un afecto paterno, para darnos cuanto posee:

«Nos ha bendecido con una bendición espiritual.».... con Cristo, Dios nos ha resucitado y nos ha hecho sentarnos en los cielos en Cristo Jesús». (Ef 2, 6)

Por consiguiente, en Cristo, Dios nos ha querido desde el inicio consigo allí donde él esta. Podríamos traducir: Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, nos ha abierto en Cristo todo su ser y su riqueza, para que estuviéramos con él allí donde él está.

He aquí la verdad, aquella frente a la cual debemos poner y examinar nuestros pensamientos, nuestros afectos, nuestras decisiones, nuestras preocupaciones, nuestros deseos... de suerte que los pongamos en aquel gran horizonte, en cuyo interior nuestras pobres pequeñas cosas de la jornada asumen su auténtica proporción.

Y he aquí por qué es verdad: porque todas las cosas pueden ser finalmente captadas en su alcance, porque esta es la verdadera realidad frente a la que nos encontramos.

El segundo verbo usado es «*nos ha elegido*». También en este caso la palabra usada es típica de la historia de la salvación; aparece, por ejemplo, en la síntesis de Hechos 13,17, donde dice san Pablo, resumiendo el Antiguo Testamento, que...

«... el Dios de este pueblo de Israel eligió a nuestros padres...»

Nosotros formamos parte de esta elección, que Dios ha establecido desde el inicio, y que en la historia empezó a realizarse con Abrahán; esta elección es, desde el principio de la historia de la salvación, en Dios; y nosotros somos objeto de esa iniciativa de amor: he aquí el sentido de nuestra existencia.

“... *predestinándonos a la filiación, a ser sus hijos adoptivos por obra de Jesucristo.*” (Ef 1, 5)

No se trata de una riqueza de dones que nos colma de alegría solo desde el exterior, sino que es una operación íntima que, en el Espíritu —es decir, en el poder de Dios— nos transforma, nos hace tan semejantes a Cristo que nos hace considerarnos en el centro de la atención de Dios, precisamente como se encuentra en el centro de su atención su Hijo Jesús. Formamos, por tanto, parte de la vida divina, gracias a un designio de amor que llega, inexplicablemente, a nosotros incluso en nuestra pobreza. En nuestra situación de estar perdidos en la historia nos sentimos llamados por esta plenitud, que nos transforma totalmente en lo íntimo y nos hace capaces de llamar a Dios con el nombre de Padre

¿soy consciente y acepto la bendición
y la elección de Dios?

Esta iniciativa supera nuestras resistencias

Así las cosas, podemos preguntarnos: pero ¿quiénes somos nosotros?

Nos hemos resistido y nos seguimos resistiendo a la iniciativa de Dios, tenemos miedo de dejarnos amar por él, y continuamente estropeamos su obra.

Aquí esta el pecado.

Pero he aquí que Dios ya ha previsto esto, porque nos ha llamado dándonos... «... *la remisión de los pecados según la riqueza de su gracia*» (Ef 1,7). Así pues, la suya es una iniciativa que se dirige a nosotros, pecadores –no simplemente a nosotros como criaturas, sino a nosotros en cuanto pecadores–, a nosotros que nos hemos equivocado, a nosotros que nos hecho indignos de esta atención divina: nuestra condición es que, en nuestro mismo pecado, en nuestra misma pobreza y miseria, nos sentimos de todos modos amados por Dios.

Podemos volver a Dios
y su iniciativa para nosotros...

Esta iniciativa le ha costado cara a Dios:

«*En el Hijo amado [la expresión “hijo amado” remite aquí a Isaac, que iba a ser sacrificado por su padre] pero, aquí, el hijo ha sido entregado por nosotros para que tengamos la redención por medio de su sangre*» (Ef 1,6-7).

Este acontecimiento de salvación para nosotros no es, por tanto, simplemente algo que Dios contempla, como en un éxtasis de felicidad, sino algo que le compromete a la dura presencia de Cristo en la historia, y a la muerte vergonzosa, ignominiosa como pecador y malhechor. ¡Dios ha pagado un precio caro para insertarnos en su proyecto divino!

... el precio que Dios ha pagado
por mis lejanías de su plan amoroso...
(hablo con Cristo en la cruz)

Esta iniciativa nos compromete por completo

No es solo un hecho que podamos contemplar en lontananza.

Nosotros, después de haber escuchado la Palabra de la verdad, el Evangelio de nuestra salvación, y de haber creído en él, “... *hemos recibido el sello del Espíritu Santo que había sido prometido, el cual es prenda de nuestra herencia, en espera de la redención completa de aquellos que Dios se ha adquirido, para alabanza de su gloria*” (Ef 1,13-14).

O sea, que nosotros, los creyentes, santificados en la Iglesia por los sacramentos, transformados por el Espíritu, estamos verdaderamente afectados, ahora, por el plan divino; estamos invadidos, arrastrados, sumergidos por él, de manera que esta es la verdad de nuestra existencia, el verdadero significado de lo que somos.

¿Reconozco la renovación
que provoca en mi el plan de Dios conmigo?
¿Cómo vivo esta renovación?